

El abad don Juan, señor de Montemayor

La historia de un cantar

Edición, introducción y notas de
Ana Martínez Pereira y Víctor Infantes

Iberoamericana • Vervuert • 2012

Índice general

Introducción	7
1. La leyenda del abad don Juan de Montemayor	7
2. La constitución genérica del texto castellano	28
3. La historia bibliográfica y textual de una <i>historia</i>	35
4. Criterios de edición y de selección de variantes	60
5. Referencias bibliográficas	62
6. Nota editorial	81
<i>El abad don Juan, señor de Montemayor. Texto y notas</i>	83
Aparato crítico	155
Apéndice	
Capítulo cclxxxvii del <i>Compendio historial</i> de Diego Rodríguez de Almela (Ms/1979 de la Biblioteca Nacional de España)	217

INTRODUCCIÓN

1. La leyenda del abad don Juan de Montemayor

El *Diccionario de la Real Academia Española* define, con acierto, la voz “leyenda” como una “relación de sucesos que tienen más de tradicionales y maravillosos que de históricos y verdaderos”; es fácil observar que en la explicación de una palabra que se usa tan a menudo con generosa aplicación conviven dos elementos binarios (aparentemente) contradictorios: la tradición y la maravilla frente a la historia y la verdad. Faltaría añadir dos precisiones obligadas: que las leyendas suelen transmitirse oralmente, aunque en la mayoría de los casos se acaban fijando de forma manuscrita o impresa, y que existe una distancia cronológica, a veces muy diferenciada, entre la hipotética fecha de los sucesos que describen —cuando ésta se menciona de manera explícita— y la de su asentamiento textual en un testimonio concreto. También, que el autor primigenio de su constitución o el autor/recopilador que la solidifica posteriormente en una *obra*: poema, cuento, relato, novela, drama, etc., suele estar envuelto en una impenetrable anonimia, aunque, en ocasiones, siglos después de su génesis otros autores, con nombre y apellidos, vuelven sus ojos hacia ese patrimonio literario, *recreando* para generaciones de lectores (muy) posteriores aquellos sucesos perdidos ya en la memoria oral. Este sintético resumen, al alcance de cualquier interesado en estos asuntos y sin tener que recurrir a una bibliografía aterradora —donde campea (todavía) la lectura obligada del luminoso estudio de Van Gennepe¹—, se acomoda perfectamente a la *obra* que ahora traemos a la necesidad de una edición moderna.

Las manifestaciones más antiguas de la leyenda medieval del abad don Juan de Montemayor han llegado hasta nosotros en dos testimonios narrativos españoles de finales del siglo xv: el capítulo 287 del *Compendio historial* del cronista Diego Rodríguez de Almela, compuesto entre 1479 y 1484, y un anónimo relato

¹ Nos referimos, claro está, a *La formación de las leyendas*, que acaba de cumplir un siglo (Van Gennepe).

con el título de *Historia del abad don Juan, señor de Montemayor*, cuya primera edición conocida en la actualidad es de hacia 1502, dentro del género literario y editorial de las *historias caballerescas breves*². A pesar de la relativa proximidad cronológica de su composición, apenas dos decenios, ambos textos difieren en numerosos aspectos formales y creativos. Valga empezar por su fijación: un manuscrito frente a un impreso, y por su extensión: 5 hojas a dos columnas en tamaño folio, frente a 20 hojas (= 40 páginas) en tamaño 4º; así como por su intencionalidad: un capítulo más en un prontuario de tema *histórico*, frente a una narración exenta de marcado carácter *literario*, y por su conocimiento efectivo: un códice de lectura restringida, dedicado —precisamente— a los Reyes Católicos y que nunca se imprimió³, frente a un libro⁴ que en los siglos XVI y XVII vería más de una docena de salidas editoriales. El primero se presenta bajo la autoría de un cronista de nombre bien conocido, mientras que el segundo se esconde tras una indescifrable anonimia. Los dos textos contienen, fundamentalmente, la misma leyenda, aunque también los dos textos, obviamente, difieren de largo en su tratamiento temático; más aséptico y objetivo el primero, más fabuloso y literario el segundo. Nuestro interés editorial se centra en la *Historia*, de la que damos a continuación un breve resumen de su contenido argumental.

El texto se inicia, tras un “Prólogo” —que, lógicamente, falta en el capítulo de Rodríguez de Almela, donde no es necesario— en el que se exhorta al cumplimiento de la religión y de la doctrina cristiana y donde pondrá como ejemplo y aviso de todo ello lo que le sucedió al abad don Juan con su criado García, así como la presentación del abad don Juan como señor de todos los abades de Portugal con su sede en el castillo de Montemayor y el encuentro el día de Navidad de un niño abandonado en la puerta de la iglesia, fruto de una relación incestuosa, de la que nada se aclara. El abad lo recoge, lo manda bautizar y lo da a criar a dos dueñas, pero pronto se convence de que no se comporta como esperaba y decide enviarlo a la corte del rey Ramiro, su sobrino, en León; el rey lo acoge y le da la oportunidad de nombrarle caballero y, con esta condición, vuelve a Montemayor con el abad, donde es recibido con grandes honores. Al poco tiempo decide (inexplicablemente) renegar de la fe cristiana, porque entiende que es mejor la “ley” de los moros, y pide al abad don Juan que le deje ir a guerrear contra el rey Almanzor

² Más adelante trataremos con detalles estas fechas y estas denominaciones.

³ De la existencia de una *segunda* redacción de la obra entre 1504 y 1516, muerto ya el autor, y que en apenas nada afecta a nuestro capítulo, se darán en su lugar todos los datos necesarios.

⁴ No entramos en las precisiones terminológicas de la imprenta de los Siglos de Oro, para la prosa, de *librillo*, *cuaderno*, *libro de cordel*, etc., frente al límite de la actual legislación de “50 páginas”; es asunto tratado ya, con suficiente extensión, en Infantes 2002 e Infantes 2006.

y, tras una serie de recomendaciones, éste le ofrece doscientos caballeros, que con los trescientos que tenía García, forman una tropa suficientemente pertrechada para ir a la campaña militar; el Abad quiere que le acompañe su sobrino, Bermudo Martínez, y parten hasta Córdoba. Cerca de la ciudad, García manda unas cartas a Almanzor donde le da noticia de su intención de pasarse a la fe de Mahoma y el rey le acoge con todos los honores, aunque Bermudo Martínez, que nada sabe de lo que trama García, sospecha de este extraño recibimiento; García es convertido en una ceremonia ritual de apostasía y toma el nuevo nombre de Zulema⁵, al enterarse Bermudo Martínez huye de Córdoba y llega a Montemayor para contar al abad don Juan la traición de su criado.

Al llegar a este punto, capítulo 7 en la numeración editorial del impreso de la *Historia*, se interrumpe la linealidad de la narración y “torna a hablar” de las honras que Zulema recibe de Almanzor y el deseo de éste de ir a guerrear contra los cristianos, por lo que Almanzor reúne un gran ejército de ciento cincuenta mil caballeros y trescientos mil peones y ambos salen de Córdoba. Sigue la narración con los combates contra los cristianos en Villafranca de Balcázar y la llegada hasta Santiago de Compostela, donde profanan la catedral —Zulema, llega incluso a hacer el amor con su mujer en el altar— y continúan la campaña hasta Coimbra, que destruyen, y, siguiendo por el río Mondego, arriban hasta el castillo de Montemayor. Allí, Zulema pide hablar con el abad e intenta convencerle de que se torne moro y le avisa de los terribles males que le sucederán a él y a todos los moradores de la fortaleza si no se convierten, a lo que el abad don Juan se niega y comienza el asedio con diferentes batallas entre las tropas de Almanzor y Zulema y las gentes de Montemayor; incluso, en una de las salidas, el abad don Juan llega hasta la tienda de Almanzor y arroja una lanza que se clava en el tablero de ajedrez donde estaban jugando Almanzor y Zulema.

El abad, consciente de que no van a poder derrotar a los moros por su manifiesta inferioridad numérica, el día de San Juan Bautista, después de la misa, reúne a todos los habitantes del castillo y les propone que quemen todas sus posesiones y ellos mismos maten a todos los hombres, mujeres y niños que no puedan pelear contra los invasores y que los restantes vayan a librar la última batalla. Así lo hacen, llegando el propio abad don Juan a matar a su hermana doña Urraca y sus cinco hijos, y salen del castillo en busca del enemigo. Zulema intenta una estratagema, poniendo a una parte de su tropa los pendones del rey Ramiro y de un caballero llamado Giraldo de Estorga, pariente del rey, para que les confundan y crean que vienen en su ayuda, pero no caen en la trampa, consiguen una gran victoria y en la contienda el abad mata a Zulema. La sor-

⁵ Vid. para el *protocolo* de los renegados el estudio de Pena (Pena, p. 96) y el tema converso en Márquez Villanueva (Márquez Villanueva, p. 33).